

FILAS DE AMOR

# LA SEGUNDA JUVENTUD



ALBERT LIEVE

HERTHA THIELE

25  
cts

# FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO EDITORIAL  
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TASIERES  
Valencia, 234-Avenida 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS  
Sede. Cnel. Española de Libreto: Barba, 14 y 16-Barcelona

Nº VIII

APARECE LOS JUEVES

Nº 354

## LA SEGUNDA JUVENTUD

(REFORMA JUVENIL, 1933)

Adaptación en forma de novela de la  
película del mismo título, creación de  
la genial artista

**HERTHA THIELE**

Argumento del film por A. DARNELL

Una producción **FROELICH**

**EXCLUSIVAS**

**CINÆS, S. A.**

Via Layetana, 53 Barcelona

### INTERPRETES

Elfriede Albing	HERTHA THIELE
Doctor Kerner	Peter Voss
Knud Henggebusch	Albert Lieven

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA



## PRIMERA PARTE

El bateo estaba a punto de zarpar. Un barco pequeño, elegante, de líneas esbeltas, pintado de blanco y escrupulosamente limpio. Se balanceaba suavemente sobre las tranquilas aguas del Rhin, y su cubierta veíase invadida por gente joven, que gritaba y cantaba alborozada. Casi todos los muchachos eran estudiantes, que después de unos días de vacaciones regresaban al Colegio.

En un banco del puente se hallaban sentadas tres jovencitas. Los estudiantes, hacia rato que las miraban sin que ninguno se atreviera por ahora a dirigirles la palabra.

Fritz Hammemann, un muchacho rubio y, que usaba lentes de gruesos cristales porque era miope, se atrevió a subir al puente.

— Hermosa mañana—dijo mirando a las muchachas que reían ya interiormente.

— Qué azul está el agua—añadió en vista del poco éxito de su anterior tentativa. Una muchacha contestó rápidamente:



...se hallaban sentadas tres jóvenes.

—Sí, y húmedo.

Las otras dos rieron y el muchacho se azoró, pero, sin embargo, se atrevió aún a seguir, al notar que sus compañeros estaban pendientes de él.

—Ustedes se quedarán en la ciudad, seguramente, ¿no? Yo hace muchos años que vivo allí. Conozco al dedillo los sitios en que uno puede divertirse. Si en algo les puedo ayudar...

—Oiga, joven—dijo entonces una muchacha poniéndose seria a duras penas—. ¿Cuándo piensa usted acabar de decir tonterías?

—Déjala, Christa—dijo otra a su amiga—. El pobre se está volviendo colorado.

Fritz continuó todavía algún rato hablando con las muchachas.

La travesía que tenía que hacer el barco era muy corta y no tardaron en divisar la ciudad.

Cuando Fritz abandonó a las muchachas sus compañeros le rodearon, preguntándole insistentemente qué había sacado en limpio de su conversación.

No me preguntéis nada, porque no os lo pienso decir. Vosotros, que os las daís de tenorios, habéis subido al puente.

—Fritz, no seas animal, querido—le dijo Bert Frederiksen—. Apuesto a que no les has visto la cara; estabas a medio metro de distancia y así tú no ves ni a un elefante.

Fritz alzó los hombros despreciativamente, y se negó resueltamente a descubrir su supuesto secreto.

Desde que las muchachas subieron al barco, otro estudiante, Kund Sengebusch, no las

había perdido de vista. Sentado en una silla cerca de la chimenea del vapor, no cesaba de mirar a una de las muchachas, la sentada junto a la barandilla. Parecía hipnotizado. Nunca una muchacha alguna le había producido tanta sensación como aquella rubia, de carita ingenua que contrastaba con su narizilla respingada.

La muchacha se fijó también en aquel muchacho que con tanta insistencia la miraba, pero procuró hacerse la desentendida y nada dijo a sus dos compañeras.

Una vez en la ciudad las tres muchachas se dirigieron a casa de una tía de la muchachita rubia. Esta se llamaba Eldriede Albing, y sus dos amigas debían estudiar con ella y vivir en su casa.

Al día siguiente las tres muchachas se dirigieron al Colegio, y se hicieron presentar al Director Brodersen.

—Señoritas—dijo el doctor—. En este Colegio nunca ha entrado una muchacha. La carta que ustedes me han enseñado, conteniendo una recomendación del señor Ministro, me prueba que ustedes están decididas a cursar los estudios para presentarse al examen de oposición. Permítanme, que antes de aceptarlas en mi Academia, consulte el caso con los demás Profesores, aunque espero que su resolución les será favorable.

Las muchachas regresaron a su casa bas-



tante satisfechas por la acogida que les habían dispensado y el Director Brodersen convocó a los profesores de su Colegio para exponerles el caso.

—Yo —dijo el Director al terminar—, creo que no debemos privar a esas muchachas de obtener la oportunidad de conseguir el examen. Por otra parte, la recomendación del señor Ministro es para mí una orden categórica.

—Señor director—dijo el Doctor Hepp, poniéndose en pie— Mi opinión es que debemos aceptar el ingreso de las muchachas como algo irremediable. Sin embargo, yo no soy partidario de ello y siento augurar en este momento un entorpecimiento en la marcha de los estudios. La mujer no debe convivir con el hombre en el aula, porque eso es provocarle, distraerlo. Y no quiero hacer hincapié en los disgustos de orden sentimental a que nos veremos expuestos. Resumiendo: mi opinión concreta es que el diablo ha entrado aquí al entrar la mujer. — Después de decir esto miró a sus compañeros desdeñosamente y se sentó como si hubiese pronunciado una catilinaria.

—Yo creo contrariamente a lo que acaba de decir nuestro querido colega el doctor Hepp—dijo el doctor Waissen—, que la presencia de esas muchachas será un nuevo estímulo para los chicos y que con eso nada per-

derá el Colegio y ellos saldrán ganando. Siempre he sido partidario de la camaradería y de la amistad entre muchachos de distintos sexos y desearía que el ingreso de esos diablillos, aumente al deseo de estudiar, y el Colegio y todos en general salgamos beneficiados.

—Y usted, doctor Kerner, ¿qué opina?— preguntó el Director, al Profesor Kerner, que había escuchado con el semblante distraído la polémica de sus colegas sin mezclarse en ella para nada.

—Por mi parte no encuentro objeción alguna que oponer al ingreso de las muchachas.

El Director Brodersen notificó a las muchachas el resultado de la Junta y les manifestó que desde aquel momento podían considerarse como alumnas del Colegio. Después, llamando al Profesor Kerner lo presentó a las muchachas y se dirigieron al aula del Profesor.

Los estudiantes aquella mañana estaban en la gloria. Hacía más de media hora que el Profesor les había dejado solos y como es natural en vez de estudiar, estaban en animada tertulia.

—Fritz, cuéntanos algo, hombre, ¿Qué ha sido de tus amigos?

—Veréis—accedió por fin a contar—, Son artistas, ellas mismas me lo dijeron.

—Mentira—dijo Kund desde su banco.

—Verdad—dijo Fritz—. Y tan verdad, que





Y aparecieron las tres muchachas precedidas del director.

esta tarde estoy citado con ellas. Lo que tú tienes es envidia.

—¿Estás seguro de que son artistas?—preguntó Bert muy animado—. ¿En qué teatro van a trabajar?

—No lo sé. Esta tarde tengo que encontrarlas y me lo dirán. Os advierto que aquella rubia está colosal y además es muy fresca. Yo puedo tocarlo...

En esto saltó Knud de su asiento y cogió a

Fritz por las solapas antes de que los demás pudieran salir de su asombro.

Como hables una sola palabra más sobre esas muchachas te parto la cara. ¿Te enteras, imbécil?

—Estáte quieto—dijo Fritz pegando un empujón a Knud y alejándole de él.

—No me da la gana. Anda, atrévete a hablar mal de esas chicas, si eres valiente.

—Pues yo le...

Fritz recibió en pleno rostro una magnífica bofetada. Sus lentes salieron disparados y cayeron junto a la puerta. El pobre Fritz se vió perdido. Sin sus lentes era hombre al agua, y se agachó en su busca. Los muchachos reían a grandes carcajadas viendo a Fritz que se arrastraba por el suelo como un gato.

Cuando el griterío era más grande, la puerta del aula se abrió de pronto y aparecieron las tres muchachas precedidas por el Profesor Korner.

—¿Qué hace usted ahí?—preguntó al ver a Fritz gateando.

—Busco mis gafas—contestó Fritz haciendo un gran esfuerzo, pues la saliva se le heló en la garganta.

Una de las muchachas cogió los lentes del suelo y se los puso en la mano.

—Gracias, señorita—dijo Fritz—. Menos mal que no se han roto, porque hubiese tenido que irme a mi casa.

—Tengo el gusto de presentarles a usted— dijo el doctor Kerner dirigiéndose a los muchachos— a las señoritas: Elfriede Albing, Christa von Borek y Annelore Winkel, que desde ahora pertenecen al Colegio en calidad de alumnas.

---

No deje de adquirir todos los jueves

## FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida  
por todas las señoritas.

### SEGUNDA PARTE

Knud Sengebusch no se enteró de una sola de las explicaciones que dió el doctor Kerner sobre el alcohol de metilo. Desde que Elfriede entró en la clase parecía hipnotizado y no dejaba de mirarla. Aquella muchachita rubia le había fascinado e indudablemente la encontraba más interesante que el aluminio.

El doctor Kerner hizo a las muchas varias preguntas y éstas las contestaron sin vacilar, ante la estupefacción de los muchachos, que vieron en ellas unas rivales dignas de ser tenidas en cuenta.

—El señor Sengebusch nos dirá la fórmula del aluminio-korlin— dijo de pronto el doctor Kerner, que hacía rato se había dado cuenta de la distracción que sufría Knud, por cierto, uno de sus mejores alumnos.

—Señor Sengebusch, ¿no me ha oído usted?

Knud descendió entonces de su torre encantada y miró asombrado a sus compañeros





Desde que Elfriede había entrado en la clase parecía hipnotizado.

que raían y al Doctor, como si regresara de un mundo de quimera.

—El... el...

—Le he preguntado a usted la fórmula del aluminio-koclin. ¿Tiene usted la bondad de escribirla en la pizarra?

Knud pasó a la pizarra y cogiendo la tiza escribió:

—“A. L. 2o2...”

—Tres —corrigió el Profesor.

—“3. 2. S. 1. o3...”

—Dos volvió a decir el Profesor—. No siga escribiendo, le ruego que estudie esta lección de nuevo. Mañana se la preguntaré.

Cuando Knud volvía a su banco un poco azorado, entró en la clase un muchachito de la clase de los medianos y dijo al Profesor:

—Doctor Kerner, el señor Director ruega a usted que deje bajar al alumno Sengbusch a nuestra clase.

Salió Sengbusch detrás del muchachito, andaba como distraído. Cuando entró en la clase que daba el Director, éste le saludó amablemente:

—Señor Sengbusch, espero de usted un favor especial. Hemos reconstruido el mapa de Annaberg, para explicar la batalla futura. Usted, aunque entonces sería muy joven, debe recordar algo. Todos los alumnos de mi clase y yo mismo estamos pendientes de sus palabras.

Knud recobró entonces su sangre fría y empezó a contar:

—Vivíamos entonces en Silesia. Este puntito aquí señalado es Annaberg; esta raya indica la antigua frontera y esta otra la actual. Yo entonces tenía siete años, vivía allí con mi madre; mi padre estaba en el frente. Esta río es el Oder, éste el Bula, donde nos bañábamos. Aquí se hallaba la finca de mi padre. Una mañana vino un gendarme de



Sorran a avisarnos que las tropas enemigas estaban cerca. Mi madre le preguntó si peligrábamos y él nos dijo que debíamos partir. Marchamos hacia Rigneeck montados en una carreta. Otras cientos de personas marchaban también en aquella dirección, unos a pie, otros tirando de unos carros llenos de enseres, de víveres. Una vez en la estación el Jefe, que había sido íntimo amigo de mi padre, nos colocó en un vagón de mercancías. Entonces empezó el tiroteo, las tropas atacaban el pueblo. Habían llegado hasta allí por sorpresa. Yo sentí un golpe en el costado y me desmayé. Cuando recobré el conocimiento estaba en un Hotel habilitado en Hospital de urgencia. Pregunté por mi madre y no se atrevieron a contestarme. Mis siete años me ayudaron a comprender. Más tarde supe que mi padre había muerto en el frente como un héroe...

Todos los muchachos habían estado pendientes de las palabras de Knud. Cuando éste acabó el Director hizo una ligera señal con la mano y todos salieron.

—Bien, Sengenbüsch. Estoy muy contento de usted. Es usted ya un hombre. La patria no olvida a sus héroes y ella le ha proporcionado manera de que estudie y llegue a ser algo. Le doy las gracias por el favor que acaba de hacerme y le prometo que le ayudaré cuando llegue la hora de los exámenes, aunque



—Y a ti, ¿no te gusta Knud?...

estoy seguro de que usted no necesitará mi ayuda.

Cuando las tres muchachas se reunieron a cenar por la noche, la alegría les desbordaba.

—A mí me gusta Best —dijo Christa—. Debe tener mucha fuerza. Está curtido por el sol.

—Pues a mí me hace mucha gracia el pobre Fritz —dijo Annelore—. Si yo lo cojo por mi cuenta le quitaré los lentes.

—Y a ti, ¿no te gusta Knud?—preguntó Christa a Elfriede.

—¿Cuál? ¿El muchacho rubio que no deja de mirarme?

—No te hagas la descentendada—dijo Annelore—. ¿Quién va a ser?

Que queréis que os diga; no es mi tipo. Además, a mí lo que me interesa es estudiar.

Annelore alzó con su mano la cara de Elfriede, que cogió suavemente por la barbilla, mientras la miraba atentamente.

—A ti te gusta el Doctor Kerner.

—No digas tonterías—contestó Elfriede al parecer enfadada por la broma.

No sé por qué te pones así. Reconozco que está muy bien. Tiene un tipo muy distinguido, y, además, me parece un hombre un poco triste. Apuesto que ha tenido alguna aventura amorosa y por eso es desgraciado.

Mientras las muchachas cambiaban impresiones, los chicos estaban también un poco revolucionados, y hablaban entre sí de las chicas con mucha animación.

El Director Brodersen, mientras cenaba rodeado de los Profesores, que vivían en el Colegio, les preguntó:

—¿Que tal las muchachas?

—Declaro que estoy sorprendido — dijo Kerner—. Están muy adelantadas. Doy casi por seguro que podrán presentarse a los primeros exámenes.

—En latín ya no están tan fuertes—comentó el Doctor Hepp—. De todas maneras, parecen muy quiotas y muy calladas.

—Señor Director—dijo el Doctor Muller—El viernes ¿qué clase de deportes hay que practicar?

—El viernes saldremos en los balandros y comeremos en la isla. Desde la semana próxima alternaremos las excursiones, con las regatas, las carreras a pie y la navegación a vela.

—¿Las muchachas también?—preguntó el Doctor Hepp, mirando de reojo y esperando con esta pregunta desconcertar al Director.

—También—contestó aquél sonriendo—. Espero que los muchachos van a tener mucho trabajo con esas muchachas. Una de ellas ha ganado este verano varios concursos de natación.



## TERCERA PARTE

Han pasado unos meses. Los exámenes se acercan y los alumnos ya no están tan tranquilos como a principios de curso. Los pronósticos del Doctor Hepp todavía no se han cumplido. Las muchachas se han convertido en las compañeras de los chicos, y aunque algún flirt ha empezado a esbozarse, ahora, a causa de la proximidad de los exámenes todos quieren recuperar las horas perdidas y no se preocupan para nada de las muchachas. Uno solo quizá no se ha olvidado: Knud. Knud no ha estudiado en todo el curso. Está enamorado de Elfriede y ella lo trata muy amablemente como a todos los otros. Quizá a veces le agradece su simpatía y le otorga un rato de conversación más largo que a otros, pero nada más.

—Elfriede: ¿cómo está esa comida?—pregunta Best llamando ante una tienda de campaña.

—Os tenéis que esperar todavía un rato:

esta cómpota de confituras me ha dado mucho que hacer.

Se halla todo el Colegio comiendo en el campo. Los muchachos se han bañado por la mañana y luego han jugado en la arena. Ahora tienen un apetito feroz.

—Christa: Mi vida, ¿qué tienes? ¿Lloras?

—Es Fritz que se burla de ella, que está haciendo esfuerzos desesperados para pelar una gran cebolla.

—Te callas, o te la tiro por la cabeza—contesta Christa enfadada—. Tu amor ya está acostumbrado.

Esta frase ha herido a Fritz en su orgullo. Fritz sostiene cierta clase de relaciones con Freyda, la criada del Colegio, una paguata a la que le saca pitillos y dinero. El cree que nadie lo sabe y todos están enterados de ello, pero no le hacen bromas porque temen que la historia llegue a oídos de los Profesores y saben lo que eso representaría.

—Alguien te habrá contado esa mentira—dice Fritz excusándose y recogiendo velas.

—¡La comida! ¡La comida!—empiezan a gritar todos los muchachos sentados en el suelo ante los platos de aluminio.

Llegan al fin las cazuelas humeantes recibidas con grandes aplausos que se repiten a la vista de las cocineras.

Todo va bien hasta los postres. Pero cuando las muchachas sirven la crema de choco-

late los muchachos empiezan a reír y a tomarse el pelo. Best se levanta con el plato en la mano y dice:

—Apreciadas cocineras: En nombre de mis compañeros me levanto a hablar para hacer justicia. La amabilidad, la elegancia, la simpatía de ustedes es extraordinaria. Sus notas de estudios serán colosales, en ciencias están ustedes muy fuertes, en matemáticas son una verdadera maravilla, pero como cocineras son una birria.

Una gran carcajada coronó las palabras de Best. Las muchachas se miraban sin comprender, pues aún no habían probado la crema. Best prosiguió:

—Sí, señoritas: Ustedes han inventado la crema de chocolate con cebolla y esto es un manjar imposible de hacer comer ni a un caballo.

Las muchachas estaban a punto de llorar, cuando se acercó hacia el alegre grupo el Director Brodersen, que al ver a Best en pie le preguntó:

—¿Qué tal la comida?

—Muy bien, señor Director—contestó Best muy serio.

—Me alegro, me alegro y felicito a las cocineras. ¿Qué tal está esa crema de chocolate?

—Estupenda, señor Director—. Está riquísima—contestó Best sin que un solo gesto le delatara.

Cuando emprendieron el regreso a bordo de unos balandros, Christa se colocó al lado de Best. Estaban tendidos al sol, y sus pieles tostadas lucían con reflejos de oro.

—Best, le estoy muy agradecida—dijo Christa con voz emocionada.

—¿Por qué?—preguntó Best.

—Por lo que ha hecho esta tarde.

—¿Yo?

—Sí. Ya sabe a lo que me refiero. Le estoy muy agradecida por no haberlo delatado al Director. Yo fui la culpable de todo. La cebolla debió de caerse en el puchero de la crema.

—¡Bah! Eso no tiene importancia—dijo Best un poco azorado ante Christa, por la que sentía una inclinación que él mismo no quería confesarse.

Elfriede se sentó junto a ellos.

—¿Está preocupada por los exámenes?—le preguntó Best.

—No—contestó Elfriede—. Me preocupa Knud; no parece nada interesado por los estudios. Teme que le suspendan.

—¡Bah! Si todo sale bien, no hay nada—dijo Best enigmáticamente.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Christa.

—No digas nada a nadie. Knud, ayudado por Fritz, procurará mañana enterarse de los temas que van a proponer este año.



—¿Vais a hacer eso?—dijo Elfriede asustada—. ¿Cómo?

—Ayudados de Fryda registrarán el despacho del director. Está redactando los temas y los guarda en el cajón de su mesa de despacho, que nunca cierra con llave.

—Eso es una temeridad—dijo Elfriede—. Pueden ser descubiertos.

—Aprovecharán la excursión de mañana. Ellos se quedarán pretextando, uno que está enfermo y el otro que debe repasar unas lecciones.

## Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio  
UNA pa.

**EDICIONES  
BIBLIOTECA FILMS**

## CUARTA PARTE

—Fryda, no tengas cuidado—decía Fritz a la criada—. No puede suceder nada malo. No cogeremos ningún papel, nos limitaremos a copiar los temas. Nadie podrá sospechar que hemos entrado en el despacho.

—Tendréis muy poco tiempo—dijo Fryda que estaba atemorizada—. No podréis entrar hasta que el profesor Hepp se marche a su casa.

—Sólo necesitamos unos minutos—dijo Fritz—. ¿Nos ayudaréis?

Fryda bajó la cabeza y dijo:

—Sí.

Fritz cogió a Fryda por la cara y la besó en los labios. La batalla estaba ganada. Este argumento era decisivo.

Después de la comida se reunieron los alumnos en el patio del Colegio y salieron de excursión.

Knud se hallaba en su habitación. Tenía la cabeza entre las manos y pensaba en Elfriede, a quien quería con toda su alma. A causa

de ella, había abandonado sus estudios. El, el mejor estudiante, se había vuelto distraído, perezoso. Elfriede consentía en ser solamente una buena compañera, pero nada más. Y él necesitaba otra cosa. Descaba que ella fuera su novia, poder contar con ella para tener un objeto, un ideal, un por qué de su vida.

Se abrió la puerta de la habitación. Knud se puso en pie, asombrado.

—¡Elfriede!

—Sí. Soy yo. He sabido lo que iba a pasar y quiero ayudaros.

Knud no sabía qué hacer, ni qué decir.

—Vamos en seguida.

—No puede ser aún Fryda nos avisará. Hay que esperar a que el Doctor Hepp se marche. Podría descubrirnos. Estudia junto al despacho del Director.

Pronto Fritz fué a hacerles compañía, y esperaron angustiosamente a que Fryda les avisase.

Serian más de las seis cuando cansados de esperar se dirigieron hacia el Colegio. Encontraron por el camino a Fryda, quien les notificó que el camino estaba libre.

Subieron las escaleras del Colegio. Era casi de noche, y Fritz usaba una linterna eléctrica. Por fin llegaron al despacho.

—¿Encuentras algo? — preguntó Knud a Fritz que registraba los cajones.

—No, no hay nada.

Knud se fijó en el secante. En él habían quedado estampadas las notas escritas por el Director.

—¡Hurra! — dijo Knud —. Estamos salvados.

Cuando acababa de pronunciar estas palabras oyeron pasos en el piso inferior.

—Vienen — dijo Elfriede aterrada.

—Pronto. Fritz y usted, Elfriede. Salgan por esa puerta.

—¿Y usted?...

—Ya me las arreglaré. Pronto.

Fritz se llevó del brazo a Elfriede, casi en el mismo momento que entraba el Director Boldersen.

—¿Qué significa esto? — preguntó el Director.

Knud no contestó.

—Ya. Enséñame eso que guarda en la mano.

—Señor Director — dijo entonces Knud —. Castígueme; yo he sido quien ha intentado coger los temas. Tome usted — y al decir esto dejó encima de la mesa el secante.

—Knud Songebusch — dijo el Director —. Lamento mucho esto. Dígame quiénes son sus cómplices.

—He sido yo solo, señor Director.

—Bien. Retírese usted.

Cuando Knud hubo salido, el Doctor Ker-



ner miró al Director, pero éste se limitó a decir:

—No hay que dar a esto demasiado importancia. También nosotros hicimos esto cuando teníamos su edad. Es sólo una travesura. No le diga nada a Sengbusch, ya es bastante castigo saberse descubierto.

El Doctor Kerner hubiese querido felicitar al Director por aquel gesto tan simpático, pero se contuvo. Después se dirigió a su casa. Cuando llegó a ella encontró a Elfriede que lo esperaba en el jardín.

—Buenas noches, señorita Albing —dijo el Doctor Kerner.

—Buenas noches, Doctor.

—¿Descaba usted algo?

—Sí. Usted que es tan bueno, que siempre nos ha tratado con tanto cariño, debería interceder cerca del Director, para que a Knud no le suspendan por lo que hoy ha sucedido.

—No hace falta, señorita. —El Director no le ha dado ninguna importancia al asunto.

—¡Oh! Gracias.

—¿Le interesa a usted mucho la suerte de Knud? —preguntó el Doctor a la muchacha, mientras su voz traicionaba la emoción que encerraba la pregunta.

—Me apena que puedan suspenderle y que se quede en la calle sin ningún porvenir. Nada más.

—¿Nada más? —preguntó aún el Doctor Kerner.

—Nada más. Yo no pienso en eso. Mi ilusión es acabar la carrera del magisterio.

—¿No ha pensado jamás en otra vida diferente? ¡Una vida de cariño, viviendo en compañía de un hombre que la quiera, rodeada de pequeños!

Elfriede bajó la cabeza sin responder. El Doctor le alzó la cabeza, cogiéndola suavemente por la barbilla. Elfriede vio la mirada del Doctor: una mirada de amor inmenso, una mirada serena, justa, amiga. Al lado de aquel hombre, muy joven aún, ella se sentía más fuerte y al mismo tiempo amparada por su sola presencia.

—¿No ha pensado nunca en eso, Elfriede?

Elfriede siguió mirando a Kerner sin contestar; sólo hablaban sus ojos. El supo leer en ellos.

—¿No querría compartir mi vida? Yo se la dedicaré por entero. Quizá si no hubiesen mediado estas palabras entre nosotros yo no me hubiera atrevido nunca.

Elfriede reclinó su cabeza sobre el pecho del Doctor y entonces éste le puso un beso en sus labios entreabiertos.

## ULTIMA PARTE

Cuando Knud salió del despacho del Director, paseó un rato por el patio. Alguien se le acercó a le dijo que Christa sabía que Elfriede iba a interceder por él al Doctor Kerner. Knud quiso impedir esto y corrió hacia la casa donde vivía el Doctor. Cuando llegó allí pudo ver a Elfriede entre los brazos del Doctor. La noche que pasó Knud fue horrible y seguramente hubiese sucedido algo irremediable de no haberle contado a Best lo sucedido, ya que éste se apresuró a quitarle el revólver que solía llevar consigo.

Al día siguiente se celebraban los exámenes. Cuando el Doctor Kerner se dirigía al Colegio se vió sorprendido por la presencia de Knud. Su aspecto extraño le impresionó.

—Doctor—dijo Knud con voz reconcentrada—. Vengo a decirle que tengo que aprobar.

—¿Qué significan estas palabras?

—Significan que aprobaré. Si usted no me aprueba, todo el mundo sabrá que Elfriede ha sido seducida por usted.

—¡Canalla!—dijo el Doctor levantando un brazo, pero Knud se lo sujetó mientras le decía:

—Ya lo ha oído: hoy aprobaré. Pregúnteme el magnetismo.

Llegó el momento del examen. El Doctor Kerner estaba muy nervioso. El pensaba pedir la mano de Elfriede aquella misma tarde. Entre ellos sólo había mediado una conversación y un beso, pero existen muchas maneras de interpretarse las cosas cuando la calumnia es lanzada.

Las tres muchachas fueron examinadas y respondieron a todas las preguntas inmejorablemente.

Llegó el turno a Knud. El Director Brodersen le preguntó varios temas, sin que Knud respondiera una sola vez, ante la estupefacción de todos.

—Dígame al menos cuáles han sido los reyes de Prusia.

Knud seguía mirando a Kerner insistentemente.

—Profesor Kerner—dijo el Director ahogado— Pregúntele usted. Quizás de esta manera.

—Explíqueme usted lo que es el calor—dijo Kerner a Knud.

Knud calló. Parecía un sonámbulo. Los profesores se miraban extrañados por tan rara actitud.



—Ha fin—dijo Kerner impaciente—. Háble de magnetismo.

Esperó la respuesta anhelante. Knud por fin hablaría y al mismo tiempo que le salvaba del suspense se salvaba él mismo.

Pero Knud no habló. Se dejó caer en un banco con la cabeza entre las manos.

—Señores—dijo el Director dirigiéndose a los profesores—. Este muchacho debe estar enfermo. Después proseguiremos su examen. Señor Hegenbusch, salga un momento a la habitación de al lado.

Salieron del aula profesores y alumnos y quedaron solamente el Director y el Doctor Kerner.

—Señor Director, debo confesarle una cosa—dijo Kerner—. Este muchacho está enamorado de una muchacha, Elfriede Albing. Desde ayer por la tarde yo estoy prometido a esa señorita. Eso es todo.

El Director miró al Profesor con una sonrisa paternal en su bondadoso rostro.

—Profesor Kerner; ha cometido usted una falta. Eso no hubiese debido suceder hasta mañana, hasta después del examen. Hubiese sido más natural. Comprendo lo sucedido, pero si el muchacho habla usted puede ser destituido, sin que yo pueda defenderle. Voy a hablar con el chico. Veremos.

El Doctor alargó la mano y Kerner la estrechó fuertemente. Después el Director Bro-



¡Hurra!—gritaron todos los muchachos.

dersen entró en la habitación en que se hallaba Knud.

—Escuche, Knud, Usted sabe perfectamente en el aprecio que le tengo; se lo he demostrado en varias ocasiones. Usted, que estudia aquí gracias a que sus padres se sacrificaron por la patria, ha sido siempre un estudiante modelo. ¿Qué le ha sucedido?

—Nada, señor Director—dijo Knud, sobreponiéndose a sí mismo—. Le ruego me per-

dona. No he estudiado, he estado distraído. Siento la decepción que le proporcione.

—¿Eso es todo? ¿No tiene nada más que decirme? ¿No tiene nada más que declarar?

Nada más—contestó Knud haciendo un esfuerzo sobrehumano.

El Director sonrió y alargando los brazos estrechó a Knud contra su pecho ante la sorpresa de éste.

—Bravo, muchacho. Eres un hombre. Voy a decir que te he examinado. Estás aprobado. Esperó que ahora estudiarás.

Knud alzó la cabeza:

—Se lo juro, señor Director. Todo ha pasado ya. No puedo luchar contra lo irremediable. Olvidaré y desde mañana estudiaré más que nunca.

El Director salió de la habitación y dijo a Kerner:

Es un gran muchacho. No ha dicho nada.

Momentos después el Director decía a los alumnos:

—He examinado a solas al alumno Knud Hegenbusch, que en el aula sufría una depresión nerviosa y me complazco en anunciarles que ha sido aprobado.

—¡Hurra!—gritaron todos los muchachos a la vez.

Elfriede, en un rincón, lloraba de dicha.



**S**OLAMENTE EN  
Ediciones BIBLIOTECA FILMS  
Y  
Selección FILMS DE AMOR

---

aparecen las nuevas estrellas  
en sus más portentosas creaciones.

**MARLENE DIETRICH**

FATUIDAD  
EL EXPRESO DE SHANGHAI  
LA VENTA RUBIA

**MARTHA EGGERTH**

DIPLOMATICO DE MUJERES  
VUELAN MIS CANCIONES  
AUDIENCIA IMPERIAL

**FRANCISKA GAAT**

VERONICA (La florista)  
PAPRIKA (tormento de sal)

**MAE WEST**

NACIDA PARA PECAR (Lady Lou)

**MAGDA SCHNEIDER**

AMORIOS (L'chelo)  
HOY O NUNCA (en prensa)

**LINE NORO**

MADRE DOLOROSA

**GARY MORLAY**

FRANKE MORLAY (en prensa)

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.—1'00 peseta

Selección FILMS DE AMOR.—50 céntimos

---

PRECIOS A

EDITORIAL "ALFA".—Apartado 707.—BARCELONA

servicio número postal y colecciónes completas, previo envío del importe en billetes de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.  
Franquía gratis.